

El hecho religioso en la construcción de la ciudadanía en el mundo contemporáneo

*Bernardo Acosta Martínez*¹

RESUMEN: El artículo presenta la religión como un discurso cotidiano que favorece la cohesión social soportada en la “creencia en algo”. Entonces, la religión configura un mundo donde la representación colectiva y los imaginarios pueden conectar la vida diaria con dogmas, mitos, ritos y ceremonias. Estas producciones simbólicas crean percepciones, actitudes y prácticas que incluyen la comprensión de la alteridad. Este artículo indaga la relación entre las producciones simbólicas creadas desde el discurso religioso y la ciudadanía.

PALABRAS CLAVE: Hecho religioso, identidad, ciudadanía, representación colectiva, imaginario.

ABSTRACT: The article present religion as quotidian discourse that permits social cohesion supported in the “belief in something”. Thus, religion configures a world where collective representation and imaginaries can connect daily life with dogmas, myths, rites and ceremonies. These symbolic productions create perceptions, attitudes and practices that it included the comprehension of alterity. This article inquiry the relationship between symbolic productions created from religious discourse and citizenship.

KEY WORDS: Religious fact, identity, citizenship, collective representation, imaginary.

Artículo recibido: 2010/08/25.
Artículo aprobado: 2010/09/10.

¹ Docente de la Secretaría de Educación del Distrito.



Introducción

El hecho religioso en las sociedades modernas ha sido determinante dentro de los procesos de construcción de ciudadanía: en unos casos como una referencia que contiene los alcances de lo ciudadano (como en los regímenes donde la religión afirma jerarquías) y, en otros, como un horizonte indispensable para el proceso de ciudadanización (como en esos casos donde la religión crea los marcos simbólicos para hacer admisible la presencia del otro). El hecho religioso, en tanto supone la creencia en el mundo, juega así un papel importante para establecer las posibilidades de lo ciudadano. En la experiencia de creer, de asegurar un lugar en el mundo y con relación al mundo, es decir, en la construcción de la identidad, aparece relevante el pensamiento mágico-religioso que, con una serie de signos – símbolos, organiza actos rituales, construye dogmas y doctrinas y afianza un cuerpo institucionalizado que confiere un espacio en una comunidad, afirma unos valores, cohesiona y, más allá, establece comprensiones de la cotidianidad.

Así, el pensamiento mágico-religioso se constituye para el individuo en un recurso determinante para organizar el mundo como sujeto social, ya sea desde un sentido individual o de acuerdo a unas necesidades o intereses grupales o colectivos, en un tiempo y un espacio concretos. Por eso, cuando el individuo se inscribe en un grupo religioso determinado, se adhiere a éste asumiendo sus mitos, ritos, dogmas y ceremonias como



parte del creer, donde encuentra un lugar dentro de la sociedad que le permite identificarse ante ella misma como beneficiario de un poder sobrenatural que incide en su actuar cotidiano. Por este medio el individuo expresa los sentimientos, deseos e intenciones que le generan las circunstancias de la vida participando de una sucesión de imaginarios y representaciones colectivas mediadas por el grupo religioso. Un lugar central en esta composición lo ocupan las prácticas o los actos rituales, momentos de realización y de afirmación de estos imaginarios y representaciones en torno a un “objeto de culto”. En consecuencia, los actos que se derivan del pensamiento mágico-religioso del individuo y la relación que se establece entre el imaginario, la representación y el sujeto con el icono “objeto de culto” que lo identifica, constituyen formas de construir la existencia. La incidencia de esta construcción de la existencia resulta fundamental para entender la ciudadanía en el mundo contemporáneo.

Por lo tanto, los actos rituales conducen al individuo a comprenderse a sí mismo como sujeto religioso capaz de cohesionarse socialmente y de forma identitaria en



un grupo o una sociedad determinados². Igualmente, los rituales al constituirse en una forma religiosa de organizar el mundo –individual y colectivamente–, generan tiempos y espacios concretos donde los intereses personales y grupales de los individuos que creen, determinan su relación con el entorno cotidiano de acuerdo a las necesidades e intereses personales y grupales, en un tiempo y un espacio concretos, donde se garantiza la construcción de las sociedades y la eventual construcción de sus miembros como ciudadanos. Sin embargo, esto se da en la medida en que la identidad supone otro que no es el mismo y por medio del cual puede afirmar su diferencia; por lo tanto, nunca podrá estar determinada en sí misma y en esta medida deberá enfrentarse a otras identidades particulares para constituirse como tal.

El hecho religioso y las prácticas sociales

El hecho religioso desde las prácticas rituales se constituye en un elemento clave para definir la identidad de un grupo o de una sociedad. Los ritos y ceremonias soportan, mueven y transforman cosmovisiones trascendentales en visiones del mundo ordinario por medio de representaciones e imagina-

rios. Por lo tanto, el individuo necesita representarse el mundo circundante por medio de expresiones simbólicas y actos rituales, encaminados a dar razón de un hecho social determinado en lo cotidiana. En este sentido, el hecho de representarse la realidad cotidiana, significa para el individuo identificarse con su medio social y adherirse a él a través de prácticas sociales que se pueden ver representadas en rituales religiosos; pues como ya se dijo anteriormente, la religión es el medio por el cual el sujeto se identifica individual y colectivamente en un grupo religioso específico, como ciudadano dentro de un grupo social determinado.

En este orden de ideas, la religión y la cultura dentro de una sociedad inscrita en el universo de lo ciudadano, cuentan con una amplia gama de símbolos y signos “sagrados” que cumplen la función de extraer el carácter y la calidad de vida de un pueblo, su estilo moral y estético, su cosmovisión, su forma de percibir la realidad y la manera como define el orden de las cosas. En consecuencia, los símbolos religiosos actúan en coherencia con el modo de vida, las motivaciones y las prácticas sociales –actitud trascendental– de los individuos³, acompañadas por el juicio moral al punto de producir en el individuo ciertas actitudes como las de cumplir onerosas promesas, confesar secretos pecados, y experimentar culpabilidad frente a una sociedad que lo interpela constantemente desde el ámbito ciudadano.

2 La identidad no es un conjunto de cualidades predefinidas –raza, sexo, color clase, cultura, nacionalidad, etc.–, sino una construcción nunca acabada, donde entran en juego un conjunto de diferencias identitarias constitutivas de cada individuo en particular, dadas a partir de unas narrativas simbólicas que construyen un discurso enmarcado en las prácticas y las estrategias sociales que se dan al interior de las colectividades: “La narrativa...podrá dar cuenta ajustadamente de los procesos de auto-creación, de las tramas de sociabilidad, de la experiencia histórica, situada, de los sujetos, en definitiva, de la construcción de identidades, individuales y colectivas” Arfuch, Leonor. *Identidades, sujetos y subjetividades*. Editorial Trama, Argentina, 2002, p. 23.

3 “La religión puede ser definida en este caso, como un sistema de símbolos que obra para establecer vigorosos, penetrantes y duraderos estados anímicos y motivaciones en los hombres. Formulando concepciones de un orden general de existencia y revistiendo estas concepciones con una aureola de efectividad tal que, los estados anímicos y motivaciones parezcan de un realismo único” Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Editorial Gedisa, Barcelona, 1990, p. 89.



Así, bajo el aval del sacerdote o el pastor expresado en su discurso religioso, estos signos y símbolos -en nombre de Dios- se constituyen en el elemento fundamental para lograr la interpretación de la experiencia cotidiana de un individuo o de un pueblo en particular, siempre refiriéndose al símbolo como una “ontología” sagrada en torno a la cual giran todos los hechos cotidianos de los ciudadanos en una sociedad.

Surgen así, en las representaciones colectivas de los ciudadanos un sin número de imaginarios sociales que se entretajan entre sí en un mundo de significaciones sociales que definen un sistema cultural encarnado en una estructura simbólica a partir de la cual un pueblo constituye su elaboración de “sentido” de la realidad cotidiana, produciendo identidad a partir de la sacralización de la vida -lo sagrado y lo profano como forma de poder-, se encarnan como los límites simbólicos de una sociedad⁴.

En otras palabras, lo simbólico define a la sociedad a través de un sin número de imaginarios colectivos, creando los grandes esquemas sociales de significado (red de significaciones simbólicas) y representaciones colectivas o universos simbólicos que traducen significaciones sociales -normas, valores, mitos, ideas, proyectos, tradiciones, etc., que determinan y entretajan los sistemas de creencias generando universos simbólicos, de los cuales la religión es el símbolo por excelencia como conocimiento organizado y capaz de brindar los elementos fundamentales para que el hom-

bre trate de entender cuál es su puesto en el universo⁵.

Esto permite mantener la huella del culto en las manifestaciones religiosas actuales definidas en los sistemas de símbolos, en las que los fieles sienten la necesidad de representarse el mundo, guiados por ceremonias rituales que los inclinan a participar sus penas, sus angustias; pero también sus alegrías a través de oscuras inconsciencias colectivas, ancladas a la protección que un ser sobrenatural les puede brindar desde las imágenes y las representaciones colectivas que lo identifican⁶. En este sentido, las imágenes proporcionan al individuo mecanismos de aprehensión de la realidad, cuando ésta no puede ser representada a través del lenguaje -conceptos-; esto permite vislumbrar la necesidad de un discurso religioso basado en los iconos como medio eficaz para generar en el individuo un concepto de Dios y de lo sagrado que le posibilite entrar en relación con otros sujetos a partir de su propia vida espiritual y formar parte de un grupo religioso determinado⁷.

Por esta razón, el hombre sin importar su rol dentro de la sociedad ha buscado a través de la historia representarse el mundo a partir de imágenes y símbolos -los símbolos pueden cambiar de aspecto, su función permanece la misma-, que le ayuden a hacer la lectura de la realidad, de tal manera que logra mantener viva esta experiencia psíquica

4 Es por eso que el símbolo como arquetipo social representado en (Dios), se hace manifiesto como figura ante un pueblo, encarnándose siempre a partir de lo simbólico definido éste en los rituales o los tótem, a través de los cuales se ve representada una sociedad. Beriaín, Josetxo. *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Ántropos, 1990, p. 33.

5 *Ibid.*, p. 30.

6 Séjourné, Laurette. *Supervivencias de un mundo mágico. Imágenes de cuatro pueblos mexicanos*. Fondo de Cultura Económica (FCE). Secretaría de Educación Pública. 1ª edición, México, 1985, p. 25.

7 “Por lo tanto, la imagen en cuanto tal, en tanto que haz de significaciones, es lo que es verdad, y no una sola de sus significaciones y no uno solo de sus numerosos planos de referencia”. Mircea, Eliade. *Imágenes y símbolos*. Buenos Aires: Planeta-Agostini, 1994, p. 15.



en la actualidad⁸, ya que estos símbolos pueden decir mucho más de lo que el individuo mismo diría con palabras acerca de lo que ha experimentado, puesto que con su lectura lo que se hace es descubrir sus nuevas máscaras y a partir de esto construir imaginarios sociales y representaciones colectivas que lo constituyen como ciudadano.

Estas son formas de expresión simbólica de las cuales se vale el hecho religioso dentro de su práctica discursiva, para lograr que el individuo genere cohesión social y actúe de acuerdo a las exigencias propias de una sociedad que propende por el ser ciudadano desde una base ética y moral heredada de la religión, quien lo acoge y le brinda las herramientas necesarias para que se adapte al medio y acoja el mensaje haciendo uso de su pensamiento mágico-religioso –representado en dogmas, mitos, ritos y ceremonias-. Dándole significado a su entorno cotidiano –cosmovisión-, a su vida, a través de actos rituales encaminados a identificarse con un grupo y con una sociedad determinados⁹.

En este sentido, las identidades colectivas encuentran su naturaleza en la capacidad que tienen los imaginarios sociales para trascender en la cultura de un pueblo; más aún, cuando son reforzados por el pensamiento mágico-religioso del individuo quien en consecuencia es el que le da sentido a su realidad cotidiana y quien encuentra en el sentido común el elemento primordial para definirse como sujeto social. Con el tiempo este estatus será de gran valor para definir otras dimensiones de la vida del individuo



como sujeto político y religioso mediante la cohesión social, generando sentido de pertenencia y a través de ésta ciudadanía. Puesto que todo imaginario social está provisto de sistemas de símbolos que lo identifican como tal. Esto es posible gracias a que los individuos en una sociedad, relacionan, definen y leen el medio a partir del sentido común y sus motivaciones; desde donde hacen una mirada más reflexiva y profunda del contexto en relación a sus vivencias cotidianas.

Dogmas, mitos, ritos y ceremonias en la construcción de identidad

En las sociedades modernas el hecho religioso no solo ejerce poder desde el ámbito del creer –lo trascendental-, también ha jugado un papel importante en su relación con el Estado, ya que es a través de éste discurso como la nación –en muchos casos- se ha logrado constituir. Esto lleva a pensar en la necesidad de buscar la relación entre religión y política como mecanismo fundamental de cohesión social; creando lazos de relaciones sociales y políticas que posibiliten el desarrollo de los pueblos. Sin embargo, se requiere de un consenso entre los líderes religiosos y políticos que conduzca a la concienciación de las grandes masas –conformadas por

8 Ibid., p. 16.

9 El individuo se adhiere a una forma en particular de expresión religiosa –imaginarios sociales-, tomando como referente el sentido común del cual está provisto y desde allí procura la interacción con los otros buscando un reconocimiento social que le permita ser uno con los otros.



los ciudadanos- para que se adhieran a este proyecto de nación y desde allí apoyen las diversas formas de expresión política como medio de representatividad o salvación terrenal desde un contexto religioso.

De acuerdo con lo anterior, el hecho religioso y con relación a éste el imaginario social, son un elemento propicio para definir la identidad de un grupo o de una sociedad, de tal manera que los individuos son capaces de experimentar una apropiación de la realidad cotidiana -cosmovisión-, dada a partir de los pensamientos, deseos e intenciones de un pueblo, en donde los dogmas, mitos, ritos y ceremonias interfieren en la construcción de identidad, mediante la apropiación de sistemas de símbolos y signos y el uso del sentido común en la interpretación del imaginario social. Por lo tanto, el individuo necesita representarse el mundo circundante por medio de expresiones simbólicas y actos rituales, encaminados a dar razón de un hecho social determinado que le permita generar cohesión social desde su experiencia del creer religioso con los otros –la alteridad-, representadas en rituales religiosos, donde la religión es un medio de apropiación con la cual el sujeto se identifica con los otros, apropiándose del medio y de los elementos sociales que lo componen, como alternativa para construir ciudadanía.

Por otro lado, estas identidades particulares en los grupos sociales y las colectividades se dan a partir del sentido de los otros –el sentido social-, expresado a través de las relaciones simbólicas –instituidas y vividas- que se dan entre los miembros de estas colectividades y que les permiten identificarse como tal¹⁰. En otras palabras, es la

relación del individuo con la institución y con la vida social. Esto quiere decir que, el otro existe en la medida en que se relaciona con el otro a través de un sistema de relaciones simbólicas que le permiten pensar en lo mismo, en lo idéntico¹¹. Esto lleva a pensar en la multiplicidad de elementos que constituyen al individuo, tal es el caso de la “identidad”, cuya esencia está dada en la práctica ritual y en la práctica histórica, en donde las relaciones simbólicas entre los seres humanos son el “sentido” y lo esencial para entablar relaciones con una colectividad particular, aunque se conserva el carácter singular de cada individuo¹².

No obstante, se habla de una identidad en proceso de construcción, se habla de una “*identidad proyecto*” a partir de la cual los actores sociales tomando como referente los materiales culturales que se les presentan a la vista, fundan una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad, en aras a transformar toda la estructura social¹³. Es decir, se constituyen en todo un conjunto de movimientos que a través de su discurso religioso, construyen un entramado de resistencia en nombre de Dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad, generando en los actores sociales una fuente de sentido y experiencia a partir de sus vivencias cotidianas representadas en

11 “...el individuo no existe más que por su posición en un sistema de relaciones, cuyos principales parámetros son la filiación y la alianza que dichas instancias (esos componentes) manifiestan. *Dichas instancias existen por su relación con el otro*” Augé, Marc. *El sentido de los...*

12 “Toda reflexión sobre el sentido de los otros pasa por un estudio de su actividad ritual, del modo en que consiguen conjurar las necesidades aferentes al sistema de las diferencias que constituyen lo social (en términos de identidad de “clase”) y la necesidad...” Augé, Marc. *El sentido de los...* p. 37.

13 Castells, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura (el poder de la identidad.) V II*. México: Alianza Editorial, 1999, p. 30.

10 Augé, Marc. *El sentido de los otros*. Barcelona: Paidós, 1996, p. 11.



ciertas prácticas religiosas¹⁴, en la medida en que es el hombre el que posibilita la existencia de estas creencias mediante dogmas, mitos, ritos y ceremonias que realiza como manifestación de su religiosidad en la construcción de ciudadanía e identidad.

En otras palabras, la función de la religión en la construcción de ciudadanía e identidad nacional es como un medio que junto con lo cultural y político construyen y reconstruyen a través de los actores sociales y de las instituciones que conforman la sociedad, todo el complejo que define a la nación.

Por otra parte, al constituirse la religión como un elemento esencial de la cultura, de la mayoría de las etnias y de algunos Estados, ella misma proporciona un componente básico en la historia particular tanto de las naciones como de los nacionalismos. En este caso, el cristianismo bíblico a través de su libro sagrado –la Biblia–, nutre el mundo cultural y político, y, por medio de ella, las personas dedicadas al monopolio de su contenido, imaginan la nación¹⁵. A sí mismo, la religión debe ser entendida dentro de un comportamiento propio; deduciendo que al igual que ella, también la política y la cultura, interactúan de manera obvia en relación con la etnicidad y la construcción de las naciones. Por lo tanto, cuanto más influyente sea una religión en la construcción de la nacionalidad, muy seguramente lo será en la construcción del nacionalismo¹⁶.

14 “Cuando el sustento patriarcal de la personalidad se quiebra, la gente afirma el valor trascendente de la familia y la comunidad, como voluntad de Dios” Castells, Manuel. *La era de la información...*, p. 89

15 Hastings, Adrián. *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*. España: Cambridge. University Press. 2000, p. 14.

16 *Ibid.*, p. 13.

Finalmente, el concepto de nación contiene y pertenece en buena medida a la cultura; es decir que, el individuo en sus prácticas sociales cotidianas reconoce a los demás como miembros de la misma comunidad y se ve como parte de ella al ser reconocido por los otros como tal. Dicho de otro modo, el individuo ve en este reconocimiento una experiencia identitaria que se da a partir de signos y símbolos –construida mediante imágenes– que se convierten en experiencias colectivas¹⁷. Es una dinámica de producción de símbolos para ser disputados, aprehendidos o transmitidos a la fuerza –elementos externos tales como los iconos, los tótem o las imágenes religiosas– que se presentan ante nosotros a través de dogmas, mitos, ritos y ceremonias, con los cuales somos capaces de mirarnos a nosotros mismos como en un espejo y aprendemos de ellos a pertenecer a una nación que está en construcción; ya que los iconos tienen la capacidad simbólica de contener a la nación en la construcción de identidad¹⁸. Es decir que, el signo-símbolo se constituye en una herramienta cultural de profundas implicaciones políticas e identitarias a partir de las cuales el individuo reconoce, reedita y adopta un modelo de vida o de sociedad en el cual procura mantener una relación mediática con el medio y con la colectividad que busca construir ciudadanía.

17 “De manera que tenemos entonces que considerar que la nación pasa más por la compleja urdimbre de la semántica cultural y la psicología colectiva que por la mecánica del poder” Ferro, Medina Germán. (2002) *Cuadernos de nación*. Ministerio de Cultura, Bogotá, 2002, p. 10.

18 “...la producción de una imagen sensorial –ICONO– es el mecanismo por medio del cual un concepto se relaciona con un objeto o acontecimiento exterior, de modo que dicha relación es simbólica o metafórica, pero poco a poco y gracias al uso, su arbitrariedad se estabiliza convirtiéndose en una relación directa” *idem* p. 14.



El hecho religioso en la construcción de ciudadanía hoy

El hecho religioso en la historia de las sociedades humanas se establece como medio de socialización de los individuos, donde el sujeto como tal expresa de forma individual o colectiva sus pensamientos, deseos e intenciones en tanto ser religioso que busca encontrar la relación entre su ser ontológico y el trascendente. Esta relación es determinante para el sujeto como tal, pues le permite ampliar su cosmovisión acerca de las cosas y de su entorno cotidiano de manera concreta en los actos rituales, cuando utiliza sistemas de signos-símbolos para leer el medio social del cual hace parte.

En este proceso de identificarse con el medio social y construir ciudadanía, el individuo desde su experiencia del creer trata de entender y dar significado a la realidad que se presenta ante sus ojos en donde intervienen los sistemas de símbolos y signos que constantemente están fluyendo de manera dinámica en los diferentes grupos sociales mediante el uso del sentido común definido en los dogmas, mitos, ritos y ceremonias -pensamiento mágico-religioso- que lo sustentan por medio de rituales sagrados -actos rituales- que interpelan a los individuos; donde crean y recrean continuamente el medio social en el cual se desarrollan a través de imaginarios y representaciones individuales y colectivas, definidas en las prácticas sociales.

Desde esta dinámica, el hecho religioso está fundamentado en la experiencia de vida cotidiana de todo individuo, quien a través de las estructuras mentales que conforman su pensamiento mágico-religioso -creencias, deseos, intenciones, etc. -, es capaz de construir un entramado de actos rituales que se constituyen en mecanismos de cohesión

social capaces de adherir a los otros individuos y de esta manera mantener un margen entre lo sagrado y lo profano. Sin embargo, para lograr esta adhesión, es necesario tener en cuenta que el discurso religioso que se entreteje en estas manifestaciones religiosas, depende de los sistemas de símbolos y signos manifiestos en su estructura y que son definidos en los actos rituales que llevan al individuo a un eventual reconocimiento de lo sagrado como fuente de cohesión e identidad ciudadana.

El reconocimiento social de lo sagrado en consecuencia, es el resultado de la relación que establece el sujeto religioso entre la ética y la conciencia moral; elementos constitutivos en la formación ciudadana, donde el individuo es capaz de recrear una serie de sentimientos -creencias, deseos e intenciones- en torno a la experiencia de Dios y a sus vivencias cotidianas; ellas definen con certeza la dinámica del discurso religioso¹⁹. En este sentido, la conciencia moral colectiva es reforzada por una serie de actos rituales que al ser socializados al interior de los grupos religiosos se constituyen en un mecanismo de cohesión social que exige de los individuos cierta resignación frente a las problemáticas de la vida cotidiana, como parte del “sufrimiento” que deben experimentar²⁰, siendo el único medio eficaz para lograr la adhesión al grupo

19 La ética y la conciencia moral, sirven como puente entre la conciencia individual en el sentido de lo religioso de quien se somete a un estilo de vida determinado y la conciencia colectiva como resultado de las prácticas sociales resultantes de la experiencia religiosa proporcionada por los ritos a un grupo o a la sociedad.

20 Esta experiencia de sufrimiento, es el resultado de los pactos que el individuo creyente hace al interior del grupo religioso, en donde hace visible su adhesión a través de dogmas, mitos, ritos y ceremonias proporcionados por el sacerdote o el pastor; con los cuales el individuo se identifica, logrando una cohesión social a través de su pertenencia a este grupo como tal.



y como resultado de su adhesión a este, el reconocimiento social y la salvación terrenal y trascendental.

En el contexto de lo ciudadano, la pertenencia del sujeto creyente a un grupo religioso le permite experimentar una serie de actos rituales que comparte con los otros en las prácticas sociales de la vida cotidiana; y, a través de éstas prácticas, reproduce elementos identitarios definidos en sistemas de símbolos que determinan su pertenencia a un grupo socialmente reconocido. Este reconocimiento social se da a partir de un sistema de creencias definido en los dogmas, mitos, ritos y ceremonias que los miembros del grupo religioso llevan a cabo a través de actos rituales que los adhieren y los identifican en un contexto social definido.

En cuanto a la identidad ciudadana, la religión se constituye en el mecanismo por el cual los creyentes, cohesionados por el discurso religioso que se impone al interior de los grupos y sustentado en los dogmas, mitos, ritos y ceremonias que allí se practican, logran reconocimiento por parte del Estado y de las diferentes instituciones que lo componen. De esta forma, fortalecen sus bases ideológicas, obtienen su afirmación legítima dentro de la sociedad que los acoge y los incorpora como ciudadanos en un universo ciudadano determinado²¹. En este caso, la ciudadanía no está desligada de la identidad, ya que es a través de la identidad que el individuo se proyecta hacia espacios

21 "...la identidad ciudadana es la figura mediante la cual el Estado puede convocar a las múltiples identidades étnicas, culturales y sociales del espacio social, para que, sin perder sus especificidades, sublimen sus antagonismos en el ámbito de la política. Una identidad ciudadana pobre no puede ser universalizada ni legitimada" Serna, Adrián. *Identidad ciudadana y vida pública: la cuestión de la alteridad*. Centro de investigaciones y desarrollo científico de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 2004, pp. 323 – 333.



sociales conformados por el ser ciudadano. Esto implica tener sentido de la realidad y un conocimiento social implícito -no discursivo- que al igual que la identidad, requiere de unas imágenes o iconos construidos por el sujeto creyente –imaginarios sociales-, que le permitan comprender la manera como interactúan historia y memoria en la construcción de este conocimiento. Es decir que la ciudadanía se construye a partir de la historia; pero esto sólo es posible cuando un pueblo es capaz de hacer memoria de aquellos imaginarios sociales que definen su identidad y los constituye como elemento fundamental del ser ciudadano. En este caso, la religión como herencia cultural²², definida por un sinnúmero de sistemas simbólicos generadores de identidad.

Desde este punto de vista, el hombre como actor de su propia existencia, se representa de una manera integral mediante los signos para realizarse como persona y como grupo social en el contexto urbano²³. En esta medida, su vida cotidiana se constituye en una representación constante a partir de signos-símbolos propios de la cultura que requieren ser interpretados como única manera de conocer su realidad.

22 Vásquez, Socorro. *Memorias II Seminario de Antropología de La Religión*. Santafe de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana. Departamento de Antropología. 1º edición, 1999, p. 134

23 "Su vida es una vida de representación constante ante él mismo y ante su mundo social" Góngora Villabona, Álvaro. *Signos y semiótica*. Edición Centro Universidad Abierta. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2001, p. 12.



Es decir que, cada hombre es un signo en cuanto individuo, y piensa y conoce significativamente; por lo tanto, este proceso de interpretación sólo es posible en la interacción con el grupo social ya que su mundo está constituido fundamentalmente por su relación con el otro, con sus congéneres. En este espacio es donde se configura con la cultura y la ciudadanía ya que se mantiene en el tiempo y es allí en donde se desarrolla la dimensión social y personal del individuo²⁴. Por lo tanto, no es posible hablar de identidad y ciudadanía, sino en la medida en que se hable de diferencia con el otro, es decir, de la alteridad. Donde la alteridad es la función primordial de toda religión, ya que en ella radica el proporcionar seguridades presentes y futuras en el individuo, mediante la construcción de sentidos individuales y colectivos frente a la experiencia cotidiana de sus miembros, retomando todas aquellas experiencias de vida caracterizadas por el sufrimiento, la pobreza, la enfermedad, que conllevan a la acogida por parte del grupo religioso, en su búsqueda constante de la reconstrucción del tejido social, en individuos que son vulnerables en lo social, lo psicológico, lo afectivo, lo económico, etc. y asumiendo una función “cártica” a través de un discurso legitimador de esta realidad que busca darle sentido a la vida de quienes conforman los diversos grupos religiosos.

A manera de conclusión

En la actualidad la religión y todas sus formas de representación –dogmas, mitos, ritos y ceremonias-, dentro de un discurso ciudadano, tienen su interés puesto más en desplazar las realidades sociales de los sujetos creyentes a una práctica social que prodiga el consumo, que a fortalecer los lazos identitarios de cohesión social que los definen en el contexto de lo ciudadano. Donde el ser histórico se relega, generando una crisis de identidad; es decir, se produce una anomia religiosa y cultural, debido a la desconfianza reproducida en los ciudadanos por los diferentes actores que conforman las instituciones sociales del Estado²⁵.

El hecho religioso y el discurso que en su interior se reproduce, es entonces, un mecanismo de organización social que adhiere al individuo a la sociedad a través de símbolos y signos definidos en los ritos y en las diferentes expresiones religiosas, susceptibles de ser interpretados y cuyo origen está dado en el reconocimiento social que un sujeto o un grupo le asigna como parte fundamental de su adhesión en la estructura social. Allí se establecen ciertas prácticas sociales que cohesionan al individuo dentro del grupo, como condición para permanecer en él, siendo reconocido como ciudadano de acuerdo a unos intereses grupales y a la representatividad que tengan en la sociedad.

✘

25 Esto conlleva la generación de una nueva “economía de bienes simbólicos”, a partir de diversas estrategias que forjan nuevos valores, normas, motivaciones y oportunidades; permitiendo un crecimiento individual y colectivo mediante la recomposición del poder religioso y de la autoestima Sanabria, Fabián. (2004). *La virgen se sigue apareciendo. Un estudio antropológico*. Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2004, p. 22.

